

FRANK HERBERT



02

DUNE

MESÍAS DE DUNE

Arrakis es un mundo desierto, en pos del sueño de convertirse en un paraíso, y cuna de mil guerras que se han extendido por todo el universo. Paul Atréides, proclamado doce años antes gobernante de los fremen mediante una guerra santa, es un personaje perturbado por la sombra dominante de su hermana Alia y por el culto a su propia persona y mito. Frente a él se hallan los grandes intereses económicos, políticos y religiosos que sacuden las esferas de influencia del hombre: la CHOAM, la Cofradía Espacial, el Landsraad, la Bene Gesserit... todo ello conformando una poderosa trama conspiratoria.

Prólogo

El destino de Dune

Dune es el planeta Arrakis, un mundo árido con grandes desiertos en el que la vida subsiste contra todo pronóstico. Los seminómadas fremen de Dune han basado sus costumbres en la falta de agua y hacen frente a los desiertos con destiltrajes que recuperan toda la humedad. Los gigantes gusanos de arena y las violentas tormentas representan una constante amenaza para ellos. El único recurso de Dune es la melange, una sustancia adictiva producida por los gusanos. Esta «especia» prolonga la vida y proporciona a los iniciados ciertas habilidades para predecir el futuro.

Paul Atreides era el hijo del gobernante de Dune. Cuando su padre fue asesinado en el transcurso de una guerra contra la aristocracia Harkonnen, Paul se refugió en el desierto con su madre, la dama Jessica, que en ese momento estaba embarazada. Era una adepta adiestrada por la Bene Gesserit, una orden de mujeres dedicadas a las artes mentales y al control de las líneas genéticas. Afirmaban que Paul descendía de un linaje que resultaría en un *kwisatz haderach*, el mesías del futuro.

Duncan Idaho murió para salvarlos. Paul se ganó con grandes esfuerzos la aceptación de los fremen y hasta aprendió a controlar a los gusanos de arena y cabalgar en ellos. En uno de sus rituales ingirió una dosis masiva de drogas que le provocó un cambio permanente, proporcio-

nándole una visión plena del futuro... o futuros. Su madre también ingirió la droga, intentando controlarla mediante los métodos de la Bene Gesserit. A consecuencia de ello, Alia, la hermana de Paul, adquirió los conocimientos de su madre mientras aún estaba en el útero, y nació siendo plenamente cognoscente.

Con el tiempo los fremen aceptaron el liderazgo de Paul, que tomó como compañera a Chani, una muchacha fremen, y adoptó casi todas sus costumbres. Pero su mente Atreides había sido adiestrada en disciplinas desconocidas para los fremen y les proporcionó una organización y un cometido de los que habían carecido hasta entonces. Asimismo se propuso cambiar el clima de Dune para proveer de agua al planeta.

Antes de que llevara a cabo sus planes los Harkonnen atacaron de nuevo Dune y la capital del planeta, Arrakeen. A pesar de sus supuestamente invencibles soldados sardaukar, las huestes fremen de Paul derrotaron al enemigo en una encarnizada batalla.

A continuación Paul impuso un tratado que le otorgó una base de poder con la que forjaría un imperio estelar. Además tomó como consorte a la heredera del imperio, la princesa Irulan, aunque se negó a consumar el matrimonio con ella y se mantuvo fiel a Chani.

Fundó su imperio en el transcurso de los doce años siguientes. Pero ahora los antiguos grupos de poder están empezando a unirse para conspirar contra él y contra la leyenda de Muad'Dib, tal como se lo conoce.

El emperador mentat Paul Muad'Dib y su hermana Alia están envueltos en una mitología tan rica que es difícil entrever a las verdaderas personas que hay tras esos velos. Pero después de todo nacieron un hombre llamado Paul Atreides y una mujer llamada Alia. Su carne se hallaba sometida al tiempo y el espacio. Y descendían de un linaje humano, aunque debido a sus habilidades proféticas hubieran rebasado los límites acostumbrados del tiempo y el espacio. Les ocurrieron acontecimientos reales que dejaron huellas reales en un universo real. Para comprenderlos hemos de tener en cuenta que su desgracia lo fue asimismo de toda la humanidad. Así pues, esta obra no está dedicada a Muad'Dib ni a su hermana, sino a los herederos de ambos: a todos nosotros.

—Dedicatoria del Concordato de Muad'Dib,
transcrita de la Tabla Memorium del Culto del espíritu Mahdi

El imperio de Muad'Dib ha generado más historiadores que ninguna otra época de la historia humana. La mayoría sostienen un punto de vista definido, celoso y sectario, pero resulta sintomático el extraordinario impacto de este hombre que ha suscitado tantas pasiones en mundos tan diversos.

Por supuesto, reunía los ingredientes de la historia, tanto ideal como idealizada. Paul Atreides nació en el seno de una antigua gran familia y fue meticulosamente adiestrado por su madre, la dama Jessica, en la disciplina prana-bindu de la Bene Gesserit; gracias a ello controlaba perfectamente sus músculos y sus nervios. Pero además era un mentat; estaba dotado de un intelecto cuyas capacidades sobrepasa-

saban las de los ordenadores mecánicos de los antiguos, sobre los que pesaba una prohibición religiosa.

Por encima de todo, Muad'Dib era el kwisatz haderach que el programa de apareamiento de la hermandad ambicionaba desde hacía miles de generaciones.

Así pues, el kwisatz haderach, el hombre que podía estar «en muchos sitios al mismo tiempo», el profeta mediante el que la Bene Gesserit confiaba en controlar el destino de la humanidad, se convirtió en el emperador Muad'Dib y contrajo un matrimonio de conveniencia con la hija del emperador Padishah, al que había derrotado.

Pensad en la paradoja, en el fracaso implícito en este momento, pues a buen seguro habéis leído otros libros de historia y conocéis los hechos superficialmente. En efecto, los indómitos fremen de Muad'Dib habían vencido al emperador Padishah Shaddam IV. Habían aplastado a las legiones sardaukar, la alianza de las Grandes Casas, los ejércitos Harkonnen y los mercenarios contratados con los fondos que el Landsraad había destinado a tal efecto. Muad'Dib había doblegado a la Cofradía Espacial y había elevado a su hermana Alia al trono religioso que la Bene Gesserit consideraba propio.

Había hecho todo eso y más.

Los misioneros del *quizarato* de Muad'Dib llevaron la guerra santa por el espacio en una yihad cuyo apogeo apenas duró doce años estándar, aunque durante ese periodo el colonialismo religioso sometió a prácticamente todo el universo humano bajo un gobierno único.

Muad'Dib lo hizo porque al apoderarse de Arrakis, el planeta comúnmente conocido como Dune, había obtenido el monopolio sobre la moneda de cambio definitiva del reino: la especia geriátrica melange, el veneno que daba vida.

Aquí tenemos otro ingrediente de la historia ideal: una materia cuya química psíquica desenmarañaba el tiempo. Sin melange las reverendas madres de la hermandad no

podían llevar a cabo sus hazañas de observación y control sobre los humanos. Sin melange los navegantes de la Cofradía no podían atravesar el espacio. Sin melange el síndrome de abstinencia habría causado la muerte de billones y billones de súbditos del imperio.

Sin melange Paul-Muad'Dib no podía realizar profecías.

Sabemos que este momento de poder supremo albergaba el germen del fracaso. Solo puede haber una respuesta: que las predicciones completamente precisas y totales son letales.

Otros libros de historia afirman que Muad'Dib fue derrotado por los conspiradores obvios: la Cofradía, la hermandad Bene Gesserit y los amorales científicos de la Bene Tleilax con sus disfraces de danzarines rostros. Otras historias señalan a los espías de la Casa de Muad'Dib y conceden mucha importancia al tarot de Dune, que había nublado sus poderes proféticos. Algunos demuestran que se había visto obligado a aceptar los servicios de un ghola, cuya carne había regresado de entre los muertos y había sido entrenada para destruirlo. Pero sin duda saben que se trataba de Duncan Idaho, el teniente de los Atreides que había perecido al salvarle la vida al joven Paul.

Sin embargo esbozan las maquinaciones del quizarato que lideraba Korba el Panegirista. Nos explican paso a paso el plan de Korba para convertir a Muad'Dib en un mártir y culpar a Chani, la concubina fremen.

¿Cómo justifica eso los acontecimientos tal como los ha revelado la historia? Es imposible. Solo la naturaleza mortífera de la profecía puede esclarecer el fracaso de un poder tan grandioso y de miras tan amplias.

Esperemos que otros historiadores aprendan algo de esta revelación.

—*Análisis de la historia: Muad'Dib*, de Bronso de Ix

No existe separación alguna entre los dioses y los hombres; los unos se funden apaciblemente con los otros.

—*Proverbios de Muad'Dib*

Aunque estaban tramando una confabulación homicida, la tristeza y la compasión teñían con insistencia los pensamientos de Scytale, el danzarín rostro tleilaxu.

Me arrepentiré de causarle la muerte y la desgracia a Muad'Dib, se repetía.

Le ocultaba cuidadosamente aquella benevolencia a los restantes conspiradores, pero aquellos sentimientos le indicaban que le resultaba más sencillo identificarse con la víctima que con los atacantes, una característica propia de los tleilaxu.

Scytale guardaba un confuso silencio y se mantenía un tanto apartado de los demás. La discusión referente al veneno psíquico se había prolongado durante algún tiempo. Era apasionada y vehemente, pero, no obstante, cortés, con aquella compulsión ciega que siempre adoptaban los adeptos de las grandes escuelas en las cuestiones relativas a sus dogmas.

—¡Cuando creáis que lo habéis ensartado descubriréis que está ileso!

Era Gaius Helen Mohiam, la reverenda madre de la Bene Gesserit que había hecho las veces de anfitriona en Wallach IX. Era una figura esquelética ataviada con una túnica negra, una vieja bruja que había tomado asiento en una silla flotante a la izquierda de Scytale. Se había quitado la capucha *aba* descubriendo una cara apergaminada bajo el

cabello plateado. Sus ojos hundidos en profundas cuencas los contemplaban desde sus facciones de máscara funeraria.

Se estaban comunicando en un dialecto *mirabhasa*, una combinación de vocales yuxtapuestas y consonantes palatales perfeccionadas. Se trataba de un medio de transmisión de delicadas sutilezas emocionales. Edric, el navegante de la Cofradía, contestó a la reverenda madre con una burla que albergaba una reverencia hablada; una encantadora muestra de desdeñosa cortesía.

Scytale observó al emisario de la Cofradía. Edric estaba flotando en un contenedor de gas anaranjado a escasos pasos de distancia. El contenedor descansaba en el centro de la cúpula transparente que la Bene Gesserit había edificado para aquel encuentro. El emisario presentaba una figura elongada y vagamente humanoide, con aletas en los pies y grandes manos palmeadas; un pez en un mar extraño. Las válvulas del tanque emitían una fina nube naranja impregnada del olor de la melange, la especia geriátrica.

—¡Si seguimos así moriremos de estupidez!

Era la cuarta persona presente, la conspiradora en potencia: la princesa Irulan, la esposa (aunque no la compañera, se recordó Scytale) de su enemigo común. Se hallaba junto a una de las aristas del tanque de Edric; era una belleza alta y rubia que llevaba una espléndida túnica de piel de ballena azul y un sombrero a juego. Lucía brillantes pendientes dorados en las orejas. Tenía el porte de una aristócrata, pero había algo en sus rasgos absortos y delicados que delataba los condicionamientos del adiestramiento Bene Gesserit que había recibido.

La mente de Scytale pasó de los matices del lenguaje y los rostros a los del entorno. Alrededor de la cúpula había colinas salpicadas de nieve fundida, en las que se reflejaba el azul húmedo y moteado del pequeño sol blanco azulado suspendido sobre el meridiano.

¿Por qué este sitio en concreto?, reflexionó Scytale. La Bene Gesserit no solía hacer nada a la ligera. Por ejemplo, el plano abierto de la cúpula: un espacio más convencional y reducido podría haberle provocado un claustrofóbico nerviosismo al emisario de la Cofradía. Las inhibiciones de su psique se debían al hecho de que había nacido y vivido en el espacio abierto extraplanetario.

Pero que la hubieran construido especialmente para él... apuntaba claramente su debilidad.

¿Qué habrá para mí en este sitio?, se preguntó Scytale.

—¿No tienes nada que decir, Scytale? —quiso saber la reverenda madre.

—¿Deseas arrastrarme a esta necia discusión? —preguntó Scytale—. Muy bien. Nos enfrentamos a un mesías en potencia. No podemos atacarlo frontalmente. El martirio acabaría con nosotros.

Los demás lo miraron fijamente.

—¿Acaso crees que ese es el único peligro que corremos? —replicó la reverenda madre, resollando.

Scytale se encogió de hombros. Había adoptado una apariencia anodina para aquel encuentro, una cara redonda con rasgos afables y labios carnosos y exánimes y el cuerpo de una masa abotargada. Ahora se le ocurrió, mientras escuchaba a los restantes conspiradores, que había hecho una elección idónea, tal vez instintivamente. Era el único miembro del grupo que podía manipular la apariencia de la carne entre un amplio espectro de facciones y formas corporales. Era un camaleón humano, un danzarín rostro, y la forma que había adoptado invitaba a que lo juzgasen con demasiada indulgencia.

—¿Y bien? —insistió la reverenda madre.

—Estaba disfrutando del silencio —dijo Scytale—. Es mejor que no manifestemos nuestras hostilidades.

La reverenda madre se echó hacia atrás y Scytale advirtió que estaba recapacitando. Todas ellas eran el resultado de un meticuloso adiestramiento prana-bindu y poseían un

control sobre sus músculos y sus nervios que estaba al alcance de pocos seres humanos. Pero Scytale, que era un danzarín rostro, estaba dotado de músculos y conexiones nerviosas que los demás ni siquiera tenían, así como de una extraordinaria cualidad de *sympatico*, una perspicacia mimética que le permitía adoptar la psique de otro además de su apariencia.

Scytale le concedió el tiempo suficiente para meditar y exclamó:

—¡Veneno!

Pronunció aquella palabra con un atonalismo que indicaba que era el único de los presentes que comprendía su significado secreto.

El emisario de la Cofradía se agitó y sus palabras resonaron desde el reluciente globo parlante que describía una órbita sobre Irulan en una de las aristas del tanque.

—Estamos hablando de veneno psíquico, no físico.

Scytale se rió. La risa mirabhasa podía desollar a un oponente y Scytale no se reprimió lo más mínimo.

Irulan sonrió con aire apreciativo, pero la expresión de los ojos de la reverenda madre traslucía un atisbo de furia.

—¡Ya basta! —exclamó ásperamente Mohiam.

Scytale obedeció, pero ahora le estaban prestando atención: Edric, presa de una furia silenciosa; la reverenda madre, atenta a pesar de la cólera, y la princesa Irulan, divertida pero perpleja.

—Nuestro amigo Edric está sugiriendo —dijo Scytale— que un par de brujas Bene Gesserit, adiestradas en tantas sutilezas, no conocen los verdaderos usos del engaño.

Mohiam se volvió para contemplar las frías colinas de su planeta natal Bene Gesserit. Scytale advirtió que estaba empezando a darse cuenta de lo más importante. Eso era bueno. Irulan, sin embargo, era otra cuestión.

—¿Eres uno de nosotros o no, Scytale? —le preguntó Edric, que lo miraba con ojillos de roedor.

—No se trata de mi lealtad —repuso Scytale, dirigiendo su atención a Irulan—. Os estaréis preguntando, princesa, si para esto habéis recorrido tantos parsecs y habéis asumido tantos riesgos.

Ella asintió.

—¿Ha sido para intercambiar banalidades con un pez humanoide o para discutir con un orondo danzarín rostro tleilaxu? —insistió Scytale.

Edric aprovechó aquella ocasión para meterse una píldora de melange en la boca. Comía la especia, la inhalaba y sin duda la bebía, se dijo Scytale. Era comprensible, pues la especia intensificaba la presciencia de los navegantes, de modo que estos fueran capaces de pilotar los cruceros de la Cofradía a través del espacio a velocidades superlumínicas. Gracias a la conciencia que les confería la especia descubrían la línea del futuro de la nave, que sorteaba los peligros. Ahora Edric barruntaba un peligro de otra clase, pero tal vez no acertara a precisarlo con la ayuda de la presciencia.

—Me parece que me he equivocado al venir —dijo Irulan.

La reverenda madre se volvió y abrió y cerró los ojos; un curioso gesto ofidio.

Scytale apartó la vista de Irulan para volverse hacia el tanque, invitando a la princesa a compartir su perspectiva. Sabía que Edric le parecería una figura repelente: la mirada atrevida, los pies y las manos monstruosas, que se movían suavemente en el gas, y los remolinos de humo anaranjado que lo rodeaban. Se preguntaría cuáles eran sus costumbres sexuales y pensaría en lo extraño que sería aparearse con una criatura semejante. Hasta el generador de campo de fuerza que recreaba la ingravidez del espacio lo alejaba de ella en ese momento.

—Princesa —dijo Scytale—, gracias a la presencia de Edric, la visión profética de vuestro marido no puede des-

cubrir ciertos incidentes, incluyendo este... presumiblemente.

—Presumiblemente —apuntó Irulan.

La reverenda madre asintió con los ojos cerrados.

—Ni siquiera los iniciados comprenden el fenómeno de la presciencia como es debido —observó.

—Yo soy un navegante de la Cofradía y tengo ese poder —repuso Edric.

La reverenda madre abrió de nuevo los ojos. En esta ocasión miró al danzarín rostro, escrutándolo con la intensidad característica de las Bene Gesserit. Estaba sopesando hasta el último detalle.

—No, reverenda madre —murmuró Scytale—. No soy tan ingenuo como parece.

—No comprendemos el poder de la segunda vista —admitió Irulan—. Bien dicho. Edric afirma que mi esposo no puede ver, saber ni predecir lo que ocurre en la esfera de la influencia de un navegante. Pero ¿hasta dónde se extiende esa influencia?

—En el universo hay personas y cosas que solo conozco a través de sus efectos —contestó Edric, formando una fina línea con su boca de pez—. Sé que han estado aquí... y allá... en alguna parte. Así como las criaturas marinas agitan las corrientes a su paso, los prescientes agitan el tiempo. He visto dónde ha estado vuestro marido, aunque nunca lo haya visto a él ni a las personas que comparten sinceramente sus objetivos y sus lealtades. Ese es el camuflaje que proporcionan los iniciados a quienes les pertenecen.

—Irulan no te pertenece —objetó Scytale. Y miró de soslayo a la princesa.

—Todos sabemos por qué la conspiración solo se lleva a cabo en mi presencia —replicó Edric.

Empleando el modo que se empleaba para describir a las máquinas, Irulan comentó:

—Según parece, tienes tus usos.

Ahora lo ve tal como es, pensó Scytale. ¡Bien!

—El futuro es algo que hay que moldear —dijo Scytale—. Recordadlo, princesa.

Irulan observó al danzarín rostro.

—Las personas que comparten los objetivos y las lealtades de Paul —repitió—. En ese caso, oculta bajo su manto a ciertos legionarios fremen. He visto que realizaba predicciones para ellos y que prorrumpían en vítores de alabanza a su Mahdi, su Muad'Dib.

Se ha dado cuenta, reflexionó Scytale, de que la estamos juzgando, de que aún debemos emitir un juicio que puede preservarla o destruirla. Ha visto la trampa que le hemos tendido.

Scytale sostuvo brevemente la mirada de la reverenda madre y experimentó la extraña comprensión de que ambos habían pensado lo mismo sobre Irulan. La Bene Gesserit había informado a la princesa y la había aleccionado en la mentira *adroit*, por supuesto. Pero siempre llegaba un momento en el que las Bene Gesserit debían confiar en su adiestramiento y sus instintos.

—Princesa, yo sé qué es lo que más deseáis del emperador —dijo Edric.

—¿Hay alguien que no lo sepa? —replicó Irulan.

—Deseáis ser la madre fundadora de una dinastía real —prosiguió Edric, como si no la hubiese oído—. Eso no ocurrirá a menos que os unáis a nosotros. Aceptad mi palabra profética. El emperador os desposó por motivos políticos, pero jamás compartiréis su cama.

—De modo que el oráculo es también un mirón —se burló Irulan.

—¡El emperador está más casado con su concubina fremen que con vos! —le espetó Edric.

—Pero ella no le ha dado un heredero —observó Irulan.

—La razón es la primera víctima de las emociones —murmuró Scytale. Percibió la cólera desbordante de Irulan y advirtió que aquella admonición surtía efecto.

—Ella no le ha dado un heredero —dijo Irulan, cuyo tono manifestaba una calma controlada— porque le estoy administrando un anticonceptivo en secreto. ¿Es eso lo que queríais que admitiera?

—El emperador no debe descubrirlo —comentó Edric con una sonrisa.

—Le he preparado mentiras —contestó Irulan—. Puede que tenga el sentido de la verdad, pero algunas mentiras son más fáciles de creer que la verdad.

—Debéis elegir, princesa —dijo Scytale—, pero tenéis que entender qué es lo que os está protegiendo.

—Paul es bueno conmigo —dijo ella—. Me ha otorgado un puesto en el consejo.

—En los doce años que habéis sido la princesa consorte —le preguntó Edric—, ¿os ha dado la menor muestra de afecto?

Irulan meneó la cabeza.

—Derrocó a vuestro padre con sus infames hordas fremen y se casó con vos para asegurarse el derecho al trono, pero no os ha coronado emperatriz —añadió Edric.

—Edric intenta persuadirnos mediante las emociones, princesa —intervino Scytale—. ¿A que es interesante?

Irulan se volvió hacia el danzarín rostro, vio la sonrisa insolente en sus facciones y contestó enarcando las cejas. Scytale comprendió que ahora era plenamente consciente de que si abandonaba aquella conferencia bajo el influjo de Edric, como otro miembro de la conspiración, podría ocultarle aquellos momentos a la visión profética de Paul. Pero si no se involucraba en ella...

—¿No os parece, princesa —le preguntó Scytale—, que Edric ejerce una influencia impropia en esta confabulación?

—Ya he accedido a someterme al juicio más acertado que se proponga en los consejos —dijo Edric.

—¿Y quién decide cuál es el juicio más acertado? —se interesó Scytale.